

LA SOMBRA DEL KGB / El Parlamento ruso aprobó una ley a mediados de año que permite al Gobierno y al presidente atacar a los «extremistas» por todo el mundo / Litvinenko había acusado a Putin de la muerte de Politkovskaya

Agonía y muerte del espía que sabía demasiado

Viene de primera página

El pelo se le había caído. Había adelgazado más de 12 kilos. Nadie era capaz de reconocer en él al ex teniente coronel del FSB, los servicios secretos rusos, que había huído a Londres tras convertir en su enemigo a Vladimir Putin, el presidente de Rusia.

Su sistema inmunológico estaba destrozado. Los glóbulos blancos, destruidos. Sus órganos vitales, incluidos el hígado y los riñones, empezaban a fallar. Mostraba indicios de haber sido envenenado mediante una sustancia radiactiva.

Junto a su cama, estaba sentada su mujer, Marina, una rubia atractiva de 44 años, que hacía todo lo posible por contener las lágrimas. Quienes le visitaban tenían que llevar puestos unos guantes de goma.

En el interior del cuerpo de Litvinenko, hecho ya una ruina, la amargura se desbordaba al mismo tiempo que el veneno. En una entrevista con *The Sunday Times*, denunció que era víctima de una conspiración de sus enemigos en Rusia. «Existe una unidad especial en el seno de la FSB», reveló, con una voz ya entrecortada, «experta en envenenamientos y en la fabricación de venenos. Me consta que están utilizando venenos en Chechenia. El servicio está poniendo un interés especial en este tema».

Hizo una pausa, se inclinó hacia el cuenco de plástico que tenía sobre el regazo y vomitó. Cuando se recuperó, continuó: «Todo lo que está ocurriendo encaja con perfección en una cadena lógica. En primer lugar, el Parlamento ruso aprueba una ley este año que autoriza al Gobierno y autoriza al presidente a perseguir y atacar a 'extremistas' en todo el mundo. Gracias a ello, ahora eso ya es legal. Acto seguido, a los pocos días dieron el visto bueno a otra [ley] que define lo que se entiende por 'extremista'. Cualquiera que sea crítico con el Gobierno tiene cabida bajo estas amplias definiciones».

Pocas personas han sido más corrosivas y más firmes en sus críticas a Putin y al Kremlin que Litvinenko. «Esas leyes dejan completa libertad de acción a los servicios secretos, porque nadie puede ya afirmar que eso sea ilegal de acuerdo con la legislación rusa», añadió.

Entonces vomitó otra vez. Una enfermera entró y le dio su dosis de antibióticos. Luego continuó: «Yo sé lo que ocurre dentro del servicio [de espionaje ruso]. En cuanto se promulga una ley como ésta, los servicios empiezan a planificar la actividad con la creación de unidades que se encargarán de poner en práctica la nueva iniciativa. De hecho, los servicios la interpretan como una orden».

«Sé que el espionaje ruso me tiene vigilado. Sé que soy un caso sin resolver. Sé quién es el agente enviado aquí, a este destacamento [de la embajada rusa], el que se encarga de vigilarlo», se recuesta en la cama, exhausto.

Esos espías, dio a entender Litvinenko, le habían tendido una trampa y lo habían conducido hasta ella. El 1 de noviembre, sexto aniversario de su huida de Rusia, ha-



Imagen de Litvinenko convalciente en el University College Hospital de Londres días antes de morir. / AFP

bía asistido a dos reuniones, una con un ex agente del FSB y otra con un investigador italiano que temía por su vida (y por la de Litvinenko). Más tarde, por la noche, empezó a sentirse mal. El 3 de noviembre, acudió a un hospital con vómitos y deshidratación. El 15 de noviembre, su estado era crítico.

La semana pasada, cuando ya le abandonaban las fuerzas, Litvinen-

ko confesó a un amigo: «Esos hijos de puta me han cazado, pero no van a cazar a nadie más». Moría en la noche del jueves. Tenía 43 años.

El viernes, expertos del Instituto de Protección Sanitaria revelaron que se habían encontrado en su orina altos niveles de radiación producidos por una sustancia conocida como polonio 210. Según los expertos, las posibilidades eran

que hubiera ingerido o inhalado el polonio o que lo hubiera absorbido por una herida. Este isótopo radiactivo es raro e infinitamente más tóxico que el cianuro.

¿Quién puede tener esa sustancia? ¿Cómo ha llegado a introducirse en el cuerpo de Litvinenko? ¿Habrá sido Putin, harto de las diatribas de Litvinenko, el que haya ordenado su eliminación? ¿Habrán

sido elementos descontrolados del espionaje ruso los que se hayan ocupado de este asunto?

Las teorías sobre conspiraciones no han dejado de circular. Con independencia de cuál sea la razón, éste es un drama de espionaje que gira en torno al poder, la codicia y el miedo. El camino que ha llevado a Litvinenko a la muerte en Londres arranca en el Moscú sin ley de los 90, cuando miles de millones de dólares y el control del Kremlin estaban a disposición de quien tuviera agallas para apoderarse de ellos.

Berezovsky

Una mañana del verano de 1994, Boris Berezovsky, un matemático ruso convertido en empresario, se dirigía en su coche hacia sus oficinas en Moscú, una mansión fortificada conocida como el *Club Logovaz*. Era la época del salvaje este: Rusia acababa de descubrir las excelencias del capitalismo, sin olvidar el juego, las chicas y las armas. Berezovsky había hecho una fortuna comprando concesiones de los automóviles Lada. También se estaba haciendo enemigos.

Cuando su Mercedes salía del *Club Logovaz*, explotó una bomba instalada en un coche aparcado allí cerca. La explosión decapitó a su chófer, según Alex Goldfarb, un inmigrante ruso que conoce bien a Berezovsky y a Litvinenko. «Boris sobrevivió de milagro», asegura.

El Centro Antiterrorista del FSB envió a investigar a un equipo y el hombre que estaba al mando era Litvinenko. Aunque la investigación no llegó a ninguna conclusión, Litvinenko y Berezovsky forjaron una amistad.

El investigador antiterrorista se convirtió en un aliado muy útil de Berezovsky en el seno del FSB, un socio cuya influencia iba mucho más allá de los meros negocios. Berezovsky y otros oligarcas habían planificado la campaña de 1996 en la que Boris Yeltsin salió reelegido presidente de Rusia. Al formar parte del Gabinete de Yeltsin, Berezovsky tenía una influencia considerable en política y había negociado un tratado que otorgaba un grado considerable de autonomía a la provincia de Chechenia.

En 1998, según Goldfarb, Litvinenko advirtió a Berezovsky que se estaba preparando otro atentado para acabar con su vida. El que estaba detrás era, según Litvinenko, el general Yevgeny Jojolkov, contrario a la independencia chechena, que había declarado que había llegado la hora de «liquidar a ese judío del Kremlin» (Berezovsky) que había negociado la autonomía.

Jojolkov no era un hombre al que se pudiera tomar a la ligera. Había hecho volar por los aires a uno de los cabecillas chechenos rebeldes a base de atizarle un misilazo en su propia casa. Lo habían ascendido a general. En aquel momento era jefe de una división del FSB llamada Dirección de Operaciones contra Organizaciones Criminales (DOOC) y la estaba utilizando para sus fines particulares.

Goldfarb añade que, cuando Berezovsky y otras personas influyen-

MARIO SCARAMELLA / Profesor, especialista en el KGB

«Despreciar las confesiones de Litvinenko es como volver a matarle»

VIRGINIA PICCOLILLO
Corriere della Sera / EL MUNDO

ROMA.- «Litvinenko no murió por un dolor de barriga. Fue asesinado por lo que sabía. Ahora, todo esto está en manos de la comisión Mitrokhin. Italia debe hacerse cargo». Mario Scaramella, ex consultor de la comisión y profesor universitario especialista en servicios secretos, está atemorizado. Denuncia el intento de «matar a Litvinenko por segunda vez» y pide «protección».

Pregunta.— ¿Quiere escolta?

Respuesta.— No pido nada. Pero no hay duda de que fue el Kremlin. Y dado que el único que recogió su patrimonio informativo fui yo...

P.— Hay quien duda de eso.

R.— Alexander Litvinenko lo escribió de su puño y letra y, además, sus respuestas están grabadas en una videocámara. El DVD figura en la relación que le mandé al juez Cordova.

P.— ¿Alexander Litvinenko lo entendía bien?



AP

R.— El traductor era su hermano. Nos dijo cosas que nunca había dicho. Ni siquiera a los ingleses que le concedieron asilo. Despreciar sus confesiones es como volver a matarle.

P.— ¿Se siente usted víctima de un complot?

R.— Se dan demasiadas coincidencias. Me disparan en las faldas del Vesuvio. Después, los ucranianos, con las granadas que iban dirigidas al presidente Guzzanti y a mí, como me habían advertido. Aterrizo en Londres el día en que muere el delegado ruso en la conferencia sobre energía nuclear. Le enseño a Litvinenko la lista de los nombres en peligro, en la que también él figuraba. Pero ya demasiado tarde para él.

P.— ¿No exageró su alarma?

R.— Eso era lo que nos había parecido a Guzzanti, a Alexander Litvinenko y a mí mismo. Pero, de esa lista de cinco nombres, quedan actualmente solamente cuatro vivos.

P.— Según el correo electrónico de su fuente, faltan «Boris Berezovski y V. Bukovski».

R.— No puedo confirmar esa cuestión en estos momentos. Pero espero que, tanto en Italia como en el Reino Unido, alguien comience a investigar.